



## XII

### Gricha

LA oscuridad nos causaba á todos un miedo enorme, nos apretamos los unos contra los otros, sin decir nada; casi en aquel mismo momento, andando con gran lentitud, entró Gricha en su cuarto. En una mano llevaba el bastón, y en la otra una candela de sebo puesta en una palmatoria de cobre.

Nosotros nos estuvimos todos muy quietecitos, conteniendo hasta la respiración.

—Señor mío Jesús Cristo!... Santa madre y Señora nuestra! En el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo...—iba diciendo el peregrino con gran esfuerzo, como si se ahogase y con entonaciones y abreviaciones muy singulares, aunque suelen ser comunes en los que con mucha frecuencia repiten esas palabras.

Sin dejar de orar, puso el bastón á un lado y echando una ojeada sobre el lecho empezó á desnudarse. Desabrochóse el viejo cinturón negro, y empezó á quitarse lentamente su caftán de *nankin*, roto por mil partes, lo dobló cuidadosamente y lo puso en el respaldo de una silla. El rostro del viejo no tenía en aquel momento su expresión ordinaria, como de hombre muy atareado é idiota, sino que al contrario, aparecía tranquilo, pensativo y hasta en cierto modo majestuoso. Sus movimientos eran lentos y sosegados.

Cuando estuvo en camisa, se sentó pausadamente en la cama, hizo la señal de la cruz en todas las partes de su cuerpo, no sin



grandes esfuerzos, á juzgar por las muecas que hacía, y se arregló un poco las cadenas de hierro...

Después de permanecer un momento sentado y de examinar su camisa, rota por todos lados, se puso en pie y empezó á orar muy devotamente ante las imágenes sagradas, se persignó sin dejar de contemplarlas, y finalmente sopló la luz que se apagó crepitando.

Una luna clarísima daba de lleno en la ventana que miraba á los bosques. La larga figura blanquecina del inocente apareció iluminada de un lado por los rayos pálidos y argentinos del astro de la noche, mientras que del otro lado se confundía casi enteramente con las sombras... En el jardín, el vigilante dió un fuerte golpe en su placa de cobre.

Cruzando sus largos brazos sobre el pecho, inclinada la cabeza y suspirando penosamente y seguidamente, Gricha, silencioso, permaneció un buen espacio delante de las estampas, y después con inmenso trabajo se arrodilló y empezó otra vez á orar.

Primero recitó en voz baja las plegarias más conocidas, aunque acentuando singularmente algunas de sus palabras, luego las repitió, pero levantando la voz y con extraordinaria animación. Después pronunció algunas de las frases que le eran peculiares, esforzándose por expresarse en lengua eslava, lo cual costábale no poco trabajo. Todas esas frases eran muy incoherentes, pero también muy llenas de una ternura indecible... Rogaba por todos sus bienhechores—así llamaba á todos los que le recibían en sus casas—y entre otros, entendí que rezaba por mamá y por toda la familia; finalmente rogó por él mismo, pidió á Dios el perdón de sus pecados, mientras con frecuencia repetía: «Dios perdone á mis enemigos!» Gimiendo se levantó y repitió todavía una y otra vez las mismas frases, se prosternó de nuevo y de nuevo se levantó, aunque tanto dificultaba sus movimientos el peso enorme de las cadenas, las cuales al dar en el suelo hacían un ruido sordamente metálico.

Volodia me pellizó en la pierna, haciéndome un gran daño, mas yo ni me volví siquiera; no hice mas que rascarme la parte dolorida y continué observando, con un sentimiento de infantil admiración, de veneración y de lástima, todos los movimientos y todas las palabras del viejo Gricha.

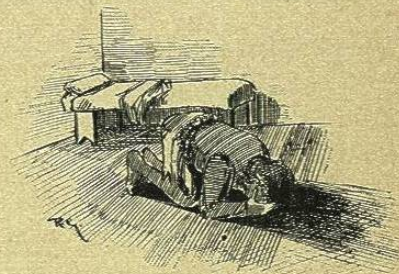
En vez de reirme mucho, como creí que podría hacer antes de subir al desván, sentía una especie de miedo recorrer todo mi cuerpo y una grande angustia en el corazón.

Gricha permaneció todavía largo tiempo en ese estado de éxtasis religioso, y fué inventando cada vez nuevas plegarias. Ora

repetía muchas veces seguidas: «Señor, ten piedad de nosotros!» pero siempre con mayor fuerza de expresión; ora: «Perdóname, Señor... Enséñame lo que hay que hacer... Señor!» dicho con tan firme expresión, que no parecía sino que aguardaba una respuesta inmediata á sus palabras; otras veces no se oía más que una especie de sollozos y quejidos... Finalmente, se levantó, cruzó los brazos sobre el pecho y permaneció en silencio.

Saqué poco á poco la cabeza fuera de la puerta, y reteniendo la respiración, contemplé más atentamente al viejo. Gricha no se movía, de su pecho salían grandes suspiros y en la niña sin luz de su ojo enfermo, de lleno iluminado por la luna, brilló una lágrima.

—Hágase tu voluntad!— exclamó de pronto con una expresión inimitable, y prosternándose otra vez, con la frente tocando el suelo, lloró lo mismo que un niño...



Muchísima agua ha corrido desde entonces, muchos recuerdos del pasado han perdido para mí su significación y se han convertido en un vago ensueño, el mismo peregrino Gricha ha hecho hace ya muchos años su último viaje; pero la impresión que produjo en mí aquella noche y el sentimiento que excitó, no se extinguirán jamás de mi memoria.

Oh! gran cristiano Gricha! Éra tan fuerte tu fe que sentiste la aproximación de Dios; era tan grande tu amor, que las palabras salían por sí mismas de tus labios, pues nunca las comprobaste con la razón... Y cómo sabías engrandecer su magnificencia, cuando, no hallando palabras para expresarlo, prosternábaste en tierra y llorabas!...

El estado de singular enternecimiento en que espiaba yo al peregrino no podía ya prolongarse mucho tiempo, primeramente porque mi curiosidad estaba ya satisfecha, y segundamente porque las piernas me dolían por haber estado tanto rato en la misma posición, y porque deseaba tomar alguna parte en los callados juegos que adivinaba entorno mío, en el oscurísimo desván. Alguien me cogió una mano y en voz muy baja me dijo al oído: «De quién es esta mano?» Lo cierto es que la oscuridad era en el desván completa; mas por el solo contacto y por la entonación de la voz que me habló, reconocí en el acto á Katenka.



Inconscientemente, sin darme cuenta de lo que hacía ni porque lo hacía, cogí el brazo de la niña, desnudo hasta el codo y apliqué mis labios sobre la sedosa y dulcísima piel. Katenka se sorprendió y se extrañó indudablemente mucho de lo que yo hacía, pues retiró con fuerza el brazo y con este brusco movimiento hizo rodar por el suelo una silla rota que había en el desván. Al oír el ruido, Gricha levantó la cabeza, se volvió lentamente, empezó á trazar cruces en el aire y en todas direcciones y volvió á sus plegarias... Hablando bajo y conteniéndonos apenas la risa, nos escapamos del desván rumurosamente.



### XIII

#### Natalia Savichna

AL mediar el último siglo, por las callejuelas del poblado de Khabarovka, corría, vestida de harapos y desnudos los pies, pero siempre alegre, fuerte y coloreadas las mejillas, la niña á quien llamaban *Natachka*, ó sea el diminutivo familiar de Natalia. En virtud de ciertos servicios que le prestara su padre, Sava el tocador de clarinete, mi abuelo había accedido á su demanda y tomó á *Natachka* al servicio de la casa, en donde desde aquel punto formó parte del servicio doméstico femenino de mi abuela. Convertida más tarde *Natachka* en camarera, distinguióse en sus funciones por la dulzura de su carácter y su gran celo. Al nacer mi madre y ser precisa una niñera, fué *Natachka* la preferida para ese nuevo y delicadísimo cargo, en el cual supo merecer los mayores elogios y las más grandes recompensas por su actividad y por la fidelidad que tuvo siempre á su joven señora, á la cual servía desde niña. Pero los cabellos enharinados y los zapatos con flecos del mayordomo Foka á quien sus peculiares servicios ponían en frecuentes relaciones con *Natachka*, llegaron á cautivar su corazón adusto, aunque generoso y amante. A tanto llegó su afición amorosa que se decidió un día á presentarse á mi abuelo, con el objeto de pedirle el permiso para casarse con Foka. Pero mi abuelo acogió la pretensión de *Natachka* como una muestra de inmensa ingratitud, se enfadó, y para castigarla envió á la desola-



da sirviente, en calidad de moza de corral, á una hacienda de las muchas que tenía en un pueblo perdido allá en medio de las estepas.

Sin embargo, seis meses después, al ver que nadie era capaz de reemplazarla, Natalia volvió á la casa y entró de nuevo en sus antiguas funciones.

Al volver del destierro hecha un harapo, fué primeramente á ver á mi abuelo, echóse á sus pies y le rogó con las lágrimas en los ojos que se dignase volverle su estimación y su benevolencia, y olvidase para siempre un momento de locura que ella juraba que no volvería jamás. Y en efecto, mantuvo su palabra.



Desde aquel día Natachka se convirtió en Natalia Savichna y empezó á usar la negra cofia de las mujeres mayores, concentrando en su joven dueña el inmenso tesoro de amor que encerraba su tierno corazón.

Cuando una institutriz vino á ocupar su puesto cerca de mamá, se confiaron á Natalia las llaves de la despensa y de los grandes armarios de ropa blanca, poniendo en sus nuevas funciones el mismo celo

y el mismo entusiasmo. No vivía sino mirando por los intereses de los amos, y por todas partes veía el despilfarro, el robo, esforzándose en evitarlos ó disminuirlos.

Cuando se casó mi madre, para recompensar de algún modo á Natalia Savichna sus veinte años de fidelísimos servicios, la llevó consigo, y dándole gracias, en los más elogiosos términos, por su afecto á la casa y su celo en servirla, le entregó un papel sellado con el acta de liberación en favor suyo y además le hizo saber que recibiría una pensión anual de 300 rublos, continuase ó no al servicio de la familia. Natalia Savichna escuchó todo esto con el mayor silencio, luego tomando el papel lo miró con desprecio por todos lados, y murmurando algo entre dientes salió de la sala cerrando con gran violencia la puerta. No atinando en la causa de tan extraña conducta, mi madre fué poco después al cuarto de Natalia Savichna, y allí la encontró, sentada en un cofre, llenos de lágrimas los ojos y estrujando entre sus manos el pañuelo, mientras tenía fijamente clavada la mirada en los pequeños pedazos de

papel desparramados por el suelo que eran lo á que había venido á parar el acta de su liberación.

—Pero, qué tienes, paloma mía? Qué te pasa, Natalia Savichna? —preguntóle mamá mientras le cogía entre las suyas una de sus manos.

—Nada, madrecita, no es nada—contestó;—es que en algo muy grave he de haberos faltado, pues me arrojáis de casa... Bien está, me iré.

Y esto diciendo se levantó, y sin poder retener sus lágrimas, dió algunos pasos para salir del cuarto. Mamá la detuvo, la abrazó estrechamente y lloraron juntas.

Desde tan antiguo como mis recuerdos alcanzan, veo á Natalia Savichna con todo su afecto y con todas sus caricias para conmigo, aunque únicamente ahora puedo apreciarlas bien, pues yo no tenía entonces la menor idea de lo rara y á la vez excelente criatura que era á un mismo tiempo aquella buena vieja.

No tan sólo era de notar que no hablaba jamás de sí misma, sino que ni siquiera se preocupaba lo más mínimo por lo que á ella sola interesaba; toda su vida fué una vida de amor y de abnegación. Tan habituado estaba yo á su tierna y desinteresada devoción por nosotros, que ni imaginaba que pudiese ser de otro modo, ni sentía reconocimiento por ello, ni recuerdo tampoco que me hubiese hecho nunca la pregunta: Pero, ella está contenta, es feliz?

A veces, por el más fútil pretexto, me largaba de la clase, corría á su cuarto, me sentaba donde me venía bien, y sin preocuparme de su presencia, empezaba á charlar y á decir las mil tonterías.

La vieja estaba siempre haciendo algo: ó revolvía los cofres y armarios, que no faltaban ciertamente en su cuarto, ó pasaba lista de la ropa blanca, ó hacía simplemente calceta, siempre escuchando con benevolencia las cosas que yo decía: «Cuando sea general, me casaré con una mujer de extraordinaria hermosura, compraré un caballo bayo, me haré construir un palacio de cristal, y haré venir de Sajonia los padres de Karl Ivanovitch». Ella iba diciendo á todo: «Oh, sí, sí, padrecito, sí...» Casi siempre, cuando hacía yo ademán de marcharme, abría Natalia Savichna un pequeño cofre azul celeste, en el interior de cuya tapa, lo recuerdo todavía perfectamente, estaba pegada la imagen en colores de un húsar, procedente de un pote de pomada, y al lado un dibujo de Volodia; sacaba del cofrecito una pastilla odorífera, la encendía y mientras la agitaba un poco iba diciendo:



—Cuando vuestro difunto abuelo —que Dios guarde!— fué á batirse allá lejos contra los turcos, nos trajo eso de aquellas tierras... Ya ves... este pedacito es el último que queda,—añadía con un gran suspiro.

En las arcas y cofres de que estaba su cuarto lleno, había de todo, de todo. Cuando alguien necesitaba, no importa qué clase de cosa, por extravagante que fuese, decían siempre: «Pídase á Natalia Savichna», y era verdad, pues buscando bien acababa siempre por hallar lo que se le pedía, y entonces exclamaba: «Ya veis cómo hice bien en guardarlo». En su cofre había realmente millares de objetos, de los cuales nadie más que ella podía sospechar la existencia.

Una vez me enfadé fuerte con ella. Ved como fué. Mientras comíamos, al ir á echarme un poco de *krass* (1) se me escapó el jarro de las manos é inundé la mesa.

—Llamad á Natalia Savichna, para que vea lo bien que se porta su preferido,—dijo mamá.

Entró Natalia Savichna y al ver la maldad que yo había hecho, empezó á mover de un lado á otro la cabeza; después, le habló mamá al oído, y salió no sin dirigirme antes un gesto amenazador.

Después de comer, lo más alegre del mundo, me dirigía saltando hacia el salón, cuando de pronto se me presenta delante Natalia Savichna, y mientras me coge con una mano, á pesar de que yo me resistía desesperadamente, empieza á frotarme por la cara los manteles húmedos, repitiendo: «Otra vez no mojarás los manteles, otra vez no mojarás los manteles!»



Me sentí por ello tan fuertemente ultrajado que lancé verdaderos gritos de rabia. «Cómo, me decía á mí mismo caminando hacia el salón y enjugándome las lágrimas, Natalia Savichna, ó simplemente Natalia, se atreve á tuitearme y además me restrega el rostro con los manteles mojados, como si yo fuese hijo de siervo... Oh! es horrible!»

Cuando Natalia Savichna me vió llorar, huyóse rápidamente, y yo me quedé pensando en los medios de vengarme de la injuria que acababa de hacerme la atrevidísima Natalia.

(1) Bebida fermentada á base de féculas.

Al cabo de algunos minutos, se presentó de nuevo en el salón Natalia Savichna, se me acercó tímidamente y empezó á consolarme.

—Vaya, no lloréis más, padrecito mío, no lloréis más... perdonadme... tonta que he sido, y muy culpable... Verdad que me perdonáis, palomita mía?... Ea! esto es para vos.

Y sacó de debajo del chal un cartuchito de papel encarnado en el cual había dos caramelos y un higo seco, alargándome con mano trémula el presente. No me atreví á mirar frente á frente á la buena vieja y casi arrebaté de sus manos el regalo... Después corrieron más abundantes mis lágrimas, pero ya no eran lágrimas de rabia, sino lágrimas de ternura y de vergüenza.